



LA LIBERACIÓN DE DON QUIJOTE ¹

MARÍA ZAMBRANO (*)

RESUMEN. Durante el presente año se celebra el centenario del natalicio de María Zambrano. La pensadora, Premio Cervantes de Literatura, recurrió con frecuencia a las fuentes cervantinas para extraer profundas reflexiones. En este caso, contrastando los planteamientos unamunianos y orteguianos, dos de sus maestros, sobre el *Quijote*, reitera una vez más la necesidad de aunar la reflexión y el ensueño, la filosofía y la poesía, como senda firme hacia la libertad. Es el camino quebrado elegido por el Caballero de la Mancha entre la cordura y la locura, ambas espejos de la realidad.

ABSTRACT. This year is the centennial of the birth of María Zambrano. This thinker, who was awarded the Cervantes Prize (Literature), often resorted to Cervantes as a source of deep reflections. In this case, contrasting what two of her teachers, Unamuno and Ortega, had to say about *Don Quixote*, she reinstates the need to bring together reflection and reveries, philosophy and poetry, as a steady path towards liberty. That is the crooked path chosen by the Knight from La Mancha between sanity and wisdom, both of which are mirrors of reality.

Nunca fue suficiente la Filosofía, ni aun en los momentos de su máximo esplendor. Son necesarias las imágenes que orienten el intento de ser hombre. En cada cultura se han engendrado el mito, la tragedia y

ese género tan ambiguo llamado novela. Son formas de aparición de imágenes de la vida que más allá del tiempo regular dominan el pasado más remoto y el futuro inalcanzable. Dominan, definen y hasta justifican

(1) Este artículo inédito de la filósofa responde al manuscrito número 303 que se encuentra en la biblioteca-archivo de la Fundación María Zambrano, sita en Vélez-Málaga (Palacio de Beniel). Ciertamente los textos zambranianos en torno a Cervantes, y concretamente sobre el Quijote, son numerosos, de ahí que la selección del presente sirva de homenaje a la autora y al Caballero de la Mancha en la celebración y en la proximidad de sendos centenarios: el del natalicio de la filósofa (2004) y el de la edición de la universal novela (2005).

En el pie final del texto figura escrito por la autora: «París, 22 de diciembre de 1947. Ave. Victor Hugo, 199. En el año 1946, Zambrano viaja sola de La Habana a París. Le comunican la grave enfermedad de su madre, doña Araceli. A la capital del Sena llega el 6 de diciembre. Su madre ya había sido enterrada. Además, su hermana, Araceli, que permanecía desde 1939 al lado de su madre, también se encontraba en delicada situación psicológica, provocada por torturas de los nazis durante la ocupación de París y extradición de su marido a España, donde sería fusilado. María no abandona a su hermana. Se establece en París hasta 1949, año en que las hermanas viajan a América. En París conoce a J. P. Sartre, S. De Beauvoir, A. Malraux, P. Picasso, etc. pero será con A. Camus, R. Char, J. Bergamín, O. Paz, A. Alonso, T. Osborne, con quienes establece profunda amistad y de quienes reciben ayuda económica las hermanas Zambrano, pues «ellas dos hacían una sola alma en pena», escribe en *Delirio y Destino*.

(*) De la revisión y notas del texto se encargó Rogelio Blanco, redactor jefe de la Revista de Educación.

can los haceres y padeceres que forman la historia de un pueblo.

No ofrece duda de que Don Quijote de la Mancha es entre todas las imágenes creadas por la literatura española la que alcanza este lugar definitivo y definitorio para la conciencia española. Lo corrobora el hecho de que sea igualmente la figura aceptada por la conciencia universal, pues un pueblo por definida que tenga su personalidad y su trayectoria no deja de formar parte de la historia universal y *es en función de ella como alcanza su rango efectivo.*

Mas la figura del Caballero de la Mancha no presenta solamente ante la historia universal —la verdadera— *la encarnación del anhelo profundo de un pueblo.* Por el contrario, para vislumbrar claramente ese valor o ese proyecto, es necesario despejar previamente un problema que parece afectar a los españoles pero que bien pronto se ve que afecta igualmente a la cultura de Occidente, es el problema de la ambigüedad. *Y toda ambigüedad requiere una liberación.*

Si se mira a la figura escueta de Don Quijote no parece ser nada ambiguo. Pero no podemos mirarla en soledad, siempre va acompañada de otro, de un otro-viviendo en esa íntima soledad de todos los héroes. Si la acción *que realiza está plenamente* elegida por él, al ejecutarla ha de contar con su escudero, con su servidor Sancho; es imposible separarlos. Y Sancho resulta ser no sólo un servidor fiel de Don Quijote, sino otra cosa al parecer contraria: un juez. La presencia de Sancho es en realidad un espejo, el espejo de la conciencia que mira y mide al genial caballero. Y así, al mirarnos los españoles en el espejo que Cervantes nos tiende, nos encontramos con dos imágenes indisolublemente ligadas: la imagen de Don Quijote, verdadera imagen sagrada, cifra de nuestro más íntimo anhelo y la imagen de Sancho, espejo a su vez de Don Quijote; juego de juegos y de imágenes que en su exceso de claridad

producen la ambigüedad. ¿Con cuál *de estas imágenes podemos* identificarnos si nos dirigimos a la imagen primera en rango y originalidad del Caballero? Bien pronto aparece la otra imagen, la del hombre común que le sirve y sostiene, y sin el cual nada habría hecho. Pero todavía más: Cervantes que nunca se confiesa, que nunca habla en primera persona, no deja de estar presente en todas las ocasiones, y él también nos mira. Juego de espejos y de imágenes dominadas por una mirada y una sonrisa. Y así nos venimos a sentir como en la vida: indecisos bajo la mirada omnipresente de un autor que manifestándose con la mayor claridad ha dejado intacto el misterio.

Y el misterio, que circula por todo el libro en el que se concentra la ambigüedad, es que Don Quijote esté loco y más que loco enajenado, encantado. No es uno solo simplemente, sino el individuo ejemplar de una especie de locura que ha aparecido y transitado por todas las locuras aunque no con esa claridad y determinación: la especie de la locura que clama por ser rescatada, liberada.

Un loco es siempre una criatura ambigua. Sabido es el respeto con que se rodea, aun en los ambientes netamente populares. Para las gentes sencillas un loco es un inocente, un ser inspirado por el que se abre a ratos la verdad, un ser sagrado en suma. Don Quijote quizá no sea un loco aparte, sino el loco tal como lo han visto y sentido la conciencia original de los hombres que pervive aún en el pueblo. Pero sea o no sea el origen de la concepción cervantina, Don Quijote es un loco sagrado, un inocente que clama por su liberación de los encantos del mundo.

Pero la ambigüedad se acentúa porque Don Quijote está poseído por la locura de su liberación, de la libertad. La Libertad es su pasión; se entrecruza con la pasión de la justicia, pero justicia para él será siempre libertad; libertad y no orden, libertad y no igualdad. Y la ambigüedad máxima de la

obra de Cervantes es que el héroe que dedica el esfuerzo de su brazo a la inflexible voluntad de liberación de todos lo que se encuentran en su camino, sea el más necesitado, galeotes y azotados, «las mozas de partido» —a quien él llama «doncellas». Todos vemos así que si Don Quijote es un clásico, un libro actual en esta hora de la conciencia, es simplemente porque como todos los clásicos verdaderos no nos plantean nuestro conflicto y al acudir a ellos no hacemos sino mirarnos a nosotros mismos.

No resulta extraño que frente a esta ambigüedad múltiple del libro de Cervantes, ambigüedad de planos que se cruzan en el foco central del misterio de su locura hayan surgido en la última época del pensamiento español dos comentaristas de idéntica jerarquía, dos libros que nos han presentado a los españoles dos caminos o maneras de disolver la ambigüedad del Quijote, vale tanto de rescatarle de su locura, de disipar los encantos que circundan y anulan al fin su clara voluntad y su inocente acción. Son en realidad dos «Guías» —género tan español— para salir del conflicto que entraña el ser español. Pero si el conflicto de ser español es el conflicto de la enajenación, del encanto del mundo ante la libertad, resulta ser el conflicto más auténticamente universal, y actual, el conflicto de la Historia toda agudizado en el acto que estamos viviendo. No es extraño, ciertamente, que cuando España ha realizado verdaderamente alguna hazaña no ha sido sólo para sí, sino antes y más allá de sí misma para lo universal; si cabe una definición del español digamos que es auténticamente español el que como Don Quijote vive y padece para el logro de algo universal.

Los intentos de liberación de Don Quijote a que nos referimos han sido realizados por los dos hombres de más alto pensamiento de nuestra última época: Don Miguel de Unamuno y el filósofo Ortega y Gasset. El libro del primero fue escrito en conmemoración del centenario de la publicación de El Quijote, se titula *La Vida de*

Don Quijote y Sancho. El de Ortega, *Meditaciones del Quijote*, marca el comienzo de un largo y ya maduro pensamiento filosófico que ha desembocado en una filosofía que ha caminado hacia una filosofía de la razón histórica.

Unamuno, en su *Vida de Don Quijote y Sancho*, se lanza a rescatar a Don Quijote del ámbito de la novela cervantina con la pasión insatisfecha del autor que no ha hallado su personaje; el modo en que lo rescata es convirtiendo a Don Quijote en un personaje de tragedia. Con ello le salva de la ambigüedad. Sancho es simplemente el servidor incrédulo —«Creo, Señor, vence mi incredulidad!»— es no más que la naturaleza humana no ganada enteramente por la fe, la materia que resiste al incendio de la esperanza y la cordura que no se deja penetrar por la locura de la caridad. Y hasta cambia el género de supervivencia de Don Quijote, que si bien recibió de Cervantes la inmortalidad, asciende arrebatado por la pasión de Unamuno a la «vida eterna». Y con ello, la ambigüedad *se desvanece* por completo, pues ser inmortal es simplemente pervivir en la memoria de los hombres, traspasar los linderos de la muerte pero a costa de la vida. Mas la «vida eterna» es por el contrario la absorción total de la muerte en la vida, la destrucción de la muerte; resultado coherente con la hazaña unamunesca de la liberación de Don Quijote, *ya que* la vida eterna se presenta a los hombres sólo en la religión que hizo de la libertad su revelación central, es decir, con el cristianismo. Unamuno rescata de la ambigüedad de la novela, del juego equívoco de espejos a Don Quijote y le bautiza cristiano: su historia es una forma de la pasión trágica, del padecer de la libertad en la tierra, que acaba introduciendo al héroe en la vida eterna.

Y así Unamuno propone a los españoles y a todos lo que se acercan al espejo de la obra cervantina, *queriendo* descifrar su enigma, una hazaña enteramente quijotesca: que se identifiquen con el héroe y al

hacerlo le rescatemos de la circunstancia mundana en que su vida se desenvuelve, pero esta circunstancia, ¿cuál es? Ya se sabe; se sabe que el mundo para el héroe, y más que para ninguno para Don Quijote, está «encantado». Nos ordena no tener en cuenta el «encanto» y proseguir.

Lo que Ortega y Gasset intenta realizar en su libro *Meditaciones del Quijote* es tan contrario como cabe de la hazaña unamunesca. En primer lugar no se dirige a Don Quijote sino al libro todo y a través de él a Cervantes. Es a Cervantes a quien pretende descifrar. Y así es Ortega quien descubre la ambigüedad del Quijote, su ambivalencia, la perplejidad que la conciencia española siente ante el libro simpar. ¿Quién era Cervantes y qué nos quiso decir, se pregunta? Su interrogación va cargada de la máxima preocupación filosófica y amorosa por el destino de un pueblo tan singular, de una cultura tan esencialmente problemática. Lo español, viene a decir, es algo tan raro en el mundo como las pocas gotas de sangre helénica que queden en la actualidad. Como realización de lo español en su íntegra pureza sólo tenemos un edificio: El Escorial, y un libro: *El Quijote*. Y el libro —el monumento de palabras— es terriblemente ambiguo. *A quien pretende liberar no es a Don Quijote, sino al destino de España aprisionado dentro de él, encantado con él y por él; y en consecuencia, lo que Ortega hace y nos propone no es un rescate del personaje sino un acercamiento a la mirada del autor, y más que a su mirada al lugar desde el cual esta mirada nace. La disolución de la ambigüedad estará —se deduce de toda la obra filosófica de Ortega— en el conocimiento. Es el pensamiento filosófico quien resuelve la ambigüedad esencial de toda revelación mitológica, figurativa.*

Porque toda revelación poética es ambigua, dirá años más tarde Ortega en los comienzos de su curso *Tesis metafísica acerca de la razón vital*. Y si la clara inte-

rrogación filosófica sobre el ser de las cosas surgió en Grecia, fue porque sus dioses conformados por la poesía eran ambiguos. Tal proposición es la aclaración última de su libro sobre el Quijote. Ante la revelación poética del Quijote nos propone disolver esta figura casi mitológica en la conciencia, aclarará en el ensueño de que es portadora, en el pensar filosófico, de *descifrar el enigma para extraer un proyecto de vida*.

Y ahora vemos más precisamente en qué consiste la ambigüedad del espejo que Cervantes nos ofrece: Don Quijote el protagonista, es el portador de un largo ensueño ancestral. El ha llegado a la categoría de héroe nada más que por obedecer —como han obedecido ciegamente los protagonistas de la tragedia— a una pesadilla ancestral de la que son la víctima *en sentido sagrado y humano*. Toda tragedia es un sacrificio, un rito por el cual se aplaca a las fuerzas oscuras y ambiguas que permiten a costa de la pasión y muerte del héroe que se aclare un oscuro conflicto, que se haga visible *uno de los tremendos nudos que forman la trama* de la existencia humana. El protagonista de la tragedia paga con toda su vida y a veces con toda su sangre por obtener *para los demás* una gota de luz².

Identificarnos con el protagonista de una tragedia, en este caso con Don Quijote liberado del ambiente ambiguo de la novela —como Unamuno nos propone— es continuar una pasión, una «agonía» en el sentido estricto del vocablo. Será revivir el momento de la esperanza y el del abandono, el «Padre mío, ¿por qué me has abandonado?», y lograr así un conocimiento *que es libertad*. El conocimiento que los hombres del Antiguo Testamento identificaron con la vida eterna, el que da satisfacción al ansia de ser en la eternidad. Nada tiene esto que ver con la Historia, con el destino histórico de un pueblo y su cultura. El realizarlo implicaría el sacrificio total de Espa-

(2) La filósofa rememora del *Coloquio de los perros* de Cervantes el texto: «un poco de luz y no de sangre».

ña, su consunción histórica para ganar la eternidad. La imagen de una España eterna, enteramente consumida por la tragedia. La idea de una España transhistórica aparece plena de belleza en el libro de Unamuno y atraviesa cada vez más obsesivamente toda su obra posterior, tal es la consecuencia de extraer a Don Quijote del ámbito de la novela de Cervantes y rescatarle de su ambigüedad, transformándolo en personaje de tragedia: el sacrificio total de la realidad histórica de España.

No es debido al azar, veamos ahora que Ortega, él, apegado a Cervantes, haya madurado su pensamiento filosófico en la Razón Histórica. Comienza proponiéndonos la aceptación del libro ejemplar en su integridad, advirtiéndonos de su ambigua condición novelesca. El conocimiento, la mirada filosófica habría de deshacer el encanto de Don Quijote. El resultado de esta actitud, de esta aceptación inicial de la novela y de su conversión en puro conocimiento traerá como consecuencia la aceptación total de la Historia y la decisión por tanto de encontrar en ella misma y no en su consunción, la realidad suprema, la realidad ininteligible que sea al propio tiempo realidad y razón, vida y conocimiento.

Pero en esta clara solución del pensamiento de Ortega se esconde como en todas las valoraciones filosóficas en que se parte de la vida para no trascenderla, un angustioso problema, y más bien que problema, una decisión, la más grave quizá de cuantas haya tomado sobre su conciencia el hombre occidental descendiente de la razón griega y de la fe cristiana.

Es la decisión de la total aceptación de la realidad inmediata de la Historia. Frente a esta aceptación surge la angustiosa pregunta ¿quién soy yo?, ¿cuál es mi realidad verdadera de persona viviente? La Filosofía comenzó en Grecia cuando frente a la aceptación de la realidad de las cosas surgió la pregunta sobre el ser verdadero escondido en ellas. En la situación actual, frente a la aceptación completa de la reali-

dad de la historia surge avasalladoramente la angustia por el ser del hombre mismo, del sujeto de la historia. Aceptando por entero la Historia ¿el hombre qué viene a ser?, ¿cabe acaso, resignarse ante ella y confiarle la realización de eso que constituye el fondo último de la vida del hombre: la esperanza? El espejo, la visión de lo humano que nos ofrece la Historia no es caso esencial, constitutivamente ambigua. Descubriendo la Razón en la Historia queda despejada su ambigüedad pero entonces se concentra amenazadoramente en el hombre, en el sujeto que al mismo tiempo es su autor y su víctima?

La Filosofía, cuantas veces lo ha hecho, ha nacido del anhelo de vivir fuera de la tragedia; ha querido ofrecer al hombre un modo de ser ajeno del sacrificio, liberándolo así de la ambigüedad de los dioses. En su primer nacimiento en Grecia aparece este designio con toda claridad que paradójicamente tiene su víctima en la figura de Sócrates, el filósofo antitrágico y figura de tragedia al mismo tiempo. Hija de la razón filosófica griega, la Filosofía medieval prosigue su racionalismo esencial aun bajo la fe cristiana. Y es Descartes quien al volver nuevamente al punto de partida donde se origina la Filosofía —la duda— muestra la más clara voluntad antitrágica. La conciencia con su luz homogénea disolverá todos los nudos trágicos: existir es pensar. Las pasiones, los ensueños ancestrales, las pesadillas trágicas serán disueltas por la luz de la conciencia. Y como es sabido, el espíritu cartesiano conformará en gran parte toda la cultura de la Epoca Moderna.

Pero surge la angustia de la nada bajo el ser de la «existencia» humana y bajo la conciencia, la subconciencia poblada de pesadillas y esperanzas inconfesables. El mundo de la subconciencia es otra vez el mundo de tragedia que busca y necesita sus figuraciones, sus mitos, sus seres de locura. Avasalladoramente, y no sólo en los ensueños de la subconciencia sino en la desnuda realidad, crece el delirio. La historia es más que nunca una pesadilla.

La Filosofía actual, el Existencialismo en todas sus formas, el Personalismo, la Razón Histórica intentan recoger la totalidad de la vida humana: vida y conciencia, y más allá aún contempla la existencia del hombre entre el ser y la nada. ¿Podrá verdaderamente anular la Tragedia la conciencia filosófica ensanchada hasta los últimos límites, anular las figuraciones poéticas, los mitos, los personajes ambiguos portadores de las más hondas e indescifrables esperanzas? En los tiempos que se abren viviremos –vivirán los que nos sigan– del conocimiento filosófico o de las figuraciones poéticas? O no se estará preparando acaso una unidad última entre Filosofía y Poesía, un mundo de conciencia y razón que sin disolver las imágenes de los héroes, logre desencantarlos?

No sabemos si será así, pero solamente en este caso, en la unidad de la Filosofía y Poesía, encontrará nuestro Don Quijote su liberación; la liberación al par de los encantos del mundo y de su locura. Y con él, todas las figuras nacidas de los enrevesados ensueños de la esperanza. Y la esperanza suprema bajo diversos nombres y signos ha sido siempre para los occidentales una sola, la que lleva el nombre de Libertad.

No se ha escrito tal vez obra alguna que esté más cerca de ser la Tragedia de la Libertad –nuestra Tragedia– que la historia ambigua del Caballero de la Mancha. Y la ambigüedad quizá resida solamente en esto: en que el pensamiento filosófico no podrá alcanzar, sin aliarse con la Poesía, el secreto último de la libertad terrestre, la fusión de la Libertad con lo que parece ser su contrario: amor, obediencia.